



Introducción

Si me he extendido, quizás más de lo conveniente, en la cita de ambos testimonios, es porque los considero de un gran valor, y también de una enorme claridad, para entender la personalidad tan compleja y tan contradictoria del personaje que me va a ocupar a lo largo de estas páginas. Una y otra cita fueron escritas por dos cronistas bien informados sobre la materia que tratan, que no es otra que el reinado de Enrique IV y el de los Reyes Católicos. Una larga etapa del siglo XV, de la que fue uno de sus protagonistas más destacados el arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo. En efecto, este prelado se encuentra presente en los momentos en que se toman las decisiones políticas de mayor alcance, y también lo estará en todos los acontecimientos y acciones bélicas que jalonan ese periodo de tiempo. Aún más, puede afirmarse sin lugar a dudas que su protagonismo arranca de muchos años antes de iniciarse el reinado de Enrique IV, en concreto desde 1445, año en que participó de forma destacada en la batalla de Olmedo, que traería como consecuencia la derrota, el exilio y la confiscación de bienes de los infantes de Aragón, que hasta ese momento, junto a don Álvaro de Luna habían sido los grandes gobernantes del reinado de Juan II. Un año antes, por cierto, de alcanzar la cumbre de su

carrera eclesiástica cuando se le eligió, como veremos más adelante, arzobispo de Toledo, la prebenda eclesiástica más alta que un clérigo que se preciase y tuviere familia y protectores podía conseguir en aquella época.

Fijémonos de nuevo, y con cierta atención en los dos textos que sirven de pórtico a este ensayo. El primero procede de la Crónica de Enrique IV, escrita por su capellán Diego Enríquez del Castillo, un clérigo, no lo olvidemos, muy afecto al monarca, al que ensalza continuamente, a pesar de que conoce también sus errores y fracasos, pero casi siempre los disculpa, atribuyéndolos a sus más inmediatos colaboradores, entre ellos a Carrillo, al que sin importarle lo más mínimo su condición de clérigo, más aún por el hecho de serlo no duda en clasificarle de traidor, y al que compara con su mezquino proceder al traidor por antonomasia de la historia de España, el obispo don Opas, causante principal, entre otros, para toda la historiografía castellana de la derrota del rey visigodo don Rodrigo en la batalla de Guadalete, que traería como consecuencia la famosa «pérdida de España». Se trata, desde luego, de un calificativo –traidor– muy grave para los hombres de la Edad Media, en especial para la nobleza, que había hecho del juramento de fidelidad el símbolo y el fundamento por excelencia de su razón de ser como grupo de poder. Judas, Ganelón, don Opas, ahora también Carrillo se unía, en opinión de Enríquez del Castillo, a esa amplia galería de traidores denostados y repudiados desde siempre por las clases y grupos dirigentes –nobleza y alto clero– que habían elaborado su propia visión del mundo, su imaginario social a todo lo largo de la Edad Media. Por ello precisamente se le condena en ese pasaje de la crónica a la defenestración: su efigie sería quemada en Simancas, en 1465. Justo castigo, según el cronista, para un miserable y despreciable traidor.

A esta visión tan negativa del personaje, se contraponen la de otro cronista, Hernando del Pulgar, en ese bello libro de semblanzas de

grandes personajes de su tiempo, *Claros Varones de Castilla*. Pulgar no oculta su simpatía por el prelado toledano y, en consecuencia, traza de él una semblanza muy positiva porque, aunque crítica sus defectos como puede leerse en el segundo texto introductorio, destaca también sus grandes virtudes. Aquí no nos encontramos ya con un traidor, sino con una persona de buenos sentimientos, dotado de un gran corazón, una persona de una enorme generosidad que, entre otras cosas, le perdía con bastante frecuencia, sobre todo en lo que censura con cierta acritud, su excesiva liberalidad, sus excesos en el gasto que le llevaba a hacer regalos a cuantos se acercaban a él en demanda de mercedes, sin importarle demasiado la catadura moral del personaje que la pide. Sin duda alguna, el cronista traza una semblanza bastante certera del arzobispo, prueba más que evidente de que le conocía muy bien, pues este último aspecto de su carácter, su pródiga generosidad, lo señala también el otro gran cronista del reinado de Enrique IV, Alonso de Palencia. Este último le conocía incluso mejor que Pulgar porque se había criado y formado en su casa, a sus expensas. Palencia sería una de las personas de la más íntima confianza del arzobispo, y este a su vez siempre le dispensaría un trato inmejorable y una continua y constante protección. El cronista, a su vez, le correspondió siempre, a todo lo largo de la vida del prelado, como se pone plenamente de manifiesto en su obra, en la que le trata constantemente con respeto y afecto, algo que resulta muy significativo y raro en Palencia, una persona que no se caracterizaba precisamente por su amabilidad hacia los personajes que se cruzan en su camino, a los que, por lo general, solo ve defectos e incluso maldad y a los que, en consecuencia, censura sin piedad, en especial a la alta nobleza y a los miembros del alto clero, sin excluir desde luego al propio monarca, Enrique IV al que odia y desprecia profundamente. Y es curioso porque cuando descubre las malvadas y torcidas acciones de Carrillo, o las empresas nefastas y disparatadas en las que le ve

envuelto y de las que se hacían eco con cierta sorpresa sus propios contemporáneos, el cronista solo tiene palabras de piedad y disculpa de los yerros de su protector, que son siempre obra de sus malos consejeros o de aliados de pésima catadura moral, como el marqués de Villena, principalmente, y algunos otros¹. En esto es quizás en lo único que coincide con el otro gran cronista ya citado, Enríquez del Castillo que, como hemos comentado antes, disculpaba los errores de su rey y los consideraba producto de las malas compañías. Actitud esta de apoyo a sus protectores, que sin duda les honra a ambos cronistas.

Hay otras dos facetas de la personalidad del arzobispo que describe Pulgar con un no disimulado enojo. Por una parte su carácter belicoso, su pasión por el recurso a las armas, de las que dio pruebas más que evidentes, sobre todo en la participación tan destacada que tuvo en la dos batallas que tuvieron como escenario los campos de la villa de Olmedo, la primera en 1445, cuando era muy joven, y la segunda en 1467, ya muy maduro, así como en otros enfrentamientos bélicos menos importantes, en los que combatiría con ardor, valentía y esfuerzo siempre en primera línea. El cronista, ya lo he mencionado, no se recata en censurar esa afición a las armas y a los combates, más aún tratándose de un clérigo que había llegado nada menos que a la sede primada de Toledo. Es más, piensa que esos afanes guerreros, esas empresas bélicas a las que se entregaba con pasión –algo más propio de caballeros que de religiosos– estuvieron siempre muy por encima de sus posibilidades, tanto económicas como mentales, de aquí que, concluye Pul-

¹ Véase a este respecto lo que nos dice Palencia, Alonso de, *Crónica de Enrique IV*, Tomo II, cap. II, Madrid, 1975, pp. 140-141, y en otras ocasiones disculpa a Carrillo de sus acciones y las achaca esta vez a la influencia del marqués de Villena, Juan Pacheco, «que con su habitual astucia le tenía siempre dominado», *Ibidem*, Madrid, 1973, Tomo I, libro VIII, cap. I, p. 178, e incluso a su hijo y sucesor, Diego López Pacheco, al que, por consejo de uno de sus criados llamado Alarcón, al que el cronista desprecia, le promete que le apoyará con todo su prestigio y poder para que consiguiese el maestrazgo de Santiago, que había quedado vacante tras la muerte de su padre, Tomo II, cap. II, p. 140.

gar, «como la opinión, [sospecha] e afición son cosas que muchas veces engañan a los homines [...] cuanto era amado de algunos, por ser franco, era desamado de muchos por ser belicoso».

Pero, sobre todo, hay otra característica de su personalidad que a Pulgar le deja un tanto perplejo, por parecerle incomprensible y absurda. Fue su afición más allá de lo razonable por la alquimia, la magia, la astrología, esas ciencias ocultas y nada buenas, en opinión del cronista, que volvía enajenados a los hombres que las cultivaban tratando de encontrar la piedra filosofal que, suponían, les haría más sabios y sobre todo, infinitamente más ricos y poderosos. Pasión secreta esta que, según Pulgar, causaría, junto a su excesiva prodigalidad, su total ruina económica hasta el punto de que moriría «pobre e adeudado». Sorprende también que Alonso de Palencia censurase también sin disimulo alguno esa afición de su protector que le llevaría a entregarse, en opinión del cronista, a personajes malvados y embaucadores que sólo buscaban en el prelado su dinero y que le engañarían continuamente durante muchos años, robándole sin piedad y dejándole en ridículo y al descubierto más de una vez².

2 Ibídem, cap. II, pp. 140-141. Por ejemplo, el ya citado Alarcón del que Palencia dice lo siguiente: «aquel glotón imprudente y abyecto, [...] que le hacia cree (el arzobispo) que se le había dado gracia infusa de doctrina y revelación [...]» y que le habían sido «revelados secretos más sublimes que al apóstol San Pablo, y aunque seglar y completamente indocto, el Toledano obligaba a sus criados a escuchar atentamente sus pláticas, en que despotricaba, durante cuatro o cinco horas, cuantas chocarrerías había aprendido cuando vagaba por el mundo». De otro embaucador, protegido también por Carrillo y al que tenía en gran estima y al que hacía también excesivos regalos el cronista afirma: «Trabó amistad con otro farsante más estúpido y más entregado a embustes y fraudes, por sobrenombre Beato, y autorizando el uno los del otro (Alarcón), robustecieron la fe del Prelado en los dos». Refería Beato (más bien desventurado) cuán grato era Alarcón a los ojos de la Divinidad y qué sublimes secretos se le habían revelado. Alarcón decía haber visto a Beato, después de un ayuno de tres días, elevarse por los aires en actitud de suplicante oración. Con estas farsas alternaban de desórdenes de la lascivia, pues aparentando púdica santidad, atraían a jovencuelas que decían aspiraban a participar de su pureza. Estas ridiculeces y otros excesos semejantes traían pervertida la residencia del arzobispo, centro de corrupción y blanco de las murmuraciones. De la prodigalidad del arzobispo Palencia llega a decir que cuando le visitó en Alcalá el

En efecto, el arzobispo de Toledo era un significativo bastión de algo muy generalizado en la sociedad de la época, a pesar de las censuras de Pulgar y Palencia, las relaciones, a veces muy estrechas, entre el alto clero y las prácticas mágicas. Carrillo no era el único eclesiástico que creía firmemente en las ciencias ocultas, también sentía la misma pasión otro colega suyo, el arzobispo de Sevilla, Alonso de Fonseca el Viejo, que fue un aficionado compulsivo, y más allá de lo razonable, a la compañía y tratos con hechiceros, alquimistas, adivinos y otras gentes por el estilo, de lo que también se hace eco Pulgar³. Carrillo se servía de la adivinación astrológica para la preparación de sus estrategias políticas, y utilizaba la alquimia para intentar incrementar su poder económico. El resultado de estas prácticas parece ser casi lo menos importante, lo fundamental es la directriz que impone a su conducta el desmesurado componente mágico-mítico que rige su pensar y sentir, y al que Lucas Dubretón –que escribió una obra sobre Enrique IV que a pesar de haber transcurrido mucho tiempo desde su publicación no carece de interés– dedicó veintitrés páginas para subrayar y comentar este pensar *paleológico* del prelado⁴. Este autor llega más lejos hasta interpretar, quizás con cierta exageración, la farsa de Ávila –el destronamiento de Enrique IV por parte de la nobleza rebelde– como una «ceremonia extraña, inventada por dos hombres;

legado papal Rodrigo de Borgia, que más tarde sería Papa con el nombre de Alejandro VI, «este prelado, espléndido por carácter, además de lo mucho que gastó en alhajas el hospedaje, mandó hacer tal requisa de gallinas en los pueblos y aldeas circunvecinos, que apenas quedó gallo que no se mirase con espanto a la mañana solitario en los desiertos peldaños del gallinero [...] además fueron llegando rebaños de carneros y terneras; multitud de pavos, capones y otras aves cebadas, muchos moyos de vino», Tomo II, p. 80.

3 Franco Silva, Alfonso «El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo. Notas sobre su vida», en *Estudios sobre la nobleza y el régimen señorial en Andalucía (siglos XIV- mediados del XVI)*, editorial Universidad de Granada, 2006, pp. 127-202.

4 Lucas-Dubretón, J., *El rey hurraño. Enrique IV de Castilla y su época*, Morata, Madrid, 1945, pp. 124-147.

uno, Juan Pacheco, marqués de Villena, eminentemente práctico, amoral y descreído, y el otro, Carrillo, mágico y arzobispo»⁵. En esa farsa, en opinión de Lucas-Dubretón «dos cosas aparecen: el teatro y la magia». Me interesa resaltar aquí ese contenido mágico del destronamiento de Enrique IV, por lo que comporta en cuanto forma de pensar y de sentir de una época. Aunque el máximo valedor del pensamiento mágico-mítico en el acto de Ávila fuera el arzobispo Carrillo, –quien, en una interpretación de Lucas bastante atrevida y al mismo tiempo arriesgada, «no ofició en nombre de Cristo, sino en el de Aêshma [Asmodeo)»– lo que me interesa de la tesis del autor francés es el papel que en todo momento asigna a las estructuras que sustentan el pensamiento que he calificado de *paleológico*, tanto en las distintas actuaciones que realiza el arzobispo como la del resto de los nobles que intervienen en la farsa⁶. Privar a la efígie del rey de los distintos símbolos de poder, significa exactamente lo mismo que privar al propio Enrique IV del poder regio. Igual sucede cuando derrumban a patadas la estatua del rey, «no es la estatua del rey, es el rey mismo el que es pateado», afirma Lucas, aludiendo claramente a esa cualidad del pensamiento mágico-mítico según la cual el símbolo es lo mismo que la persona simbolizada.

Belicosidad y afición a las ciencias ocultas. Estas dos características de la personalidad de Carrillo fueron las que llamaron la atención de Hernando del Pulgar, así como su excesiva prodigalidad que le llevaba a acumular riquezas para luego repartirlas entre aquellos a los que quería favorecer. Esta última faceta tampoco la veía bien el cronista porque en su opinión «la dádiva fecho con deseo de fama, y no con pensamiento de razón, más se puede decir mal fecho que buen pensamiento: porque aquél beneficio es

5 Ibidem, p. 140.

6 Ibidem, p. 144.

carísimo que carece de vanagloria». Para Pulgar ni excesiva generosidad ni tampoco lo contrario, la virtud estaría, como siempre en el término medio:

Verdad es que ni nuestra benignidad se debe tanto cerrar que sea dina la comunicación de nuestros bienes, ni tanto abrir que con prodigalidad se derramen: porque si del retener se sigue odio, del indiscreto derramar procede tal mengua, que de necesario vienen los pródigos a poner las manos en bienes ajenos [...] estos bienes temporales son buenos, e a la humana sociedad mucho aprovechan, cuando son poseídos por varones de prudencia, para que ni dañan a otros retiniéndolos con avaricia, ni pierdan al que los posee vertiéndolos con indiscreción: porque también parescen malguardándose, como sin causa derramándose.

La semblanza incluye, finalmente, algunas otras características personales del prelado que quizás tengan menor importancia, pero que el cronista decidió también destacar. Se dice de él que, a pesar de todo lo ya señalado, no fue mal clérigo, siguió fielmente las enseñanzas de la Iglesia y gobernó bien su diócesis, pues, entre otros fundó el monasterio de Alcalá, comenzó otro en la villa de Brihuega, la propia construcción de la catedral se hizo bajo su mandato, transformó la iglesia de los Santos Niño Justo y Pastor en Colegiata, etc.

Un personaje tan atractivo como este, nada vulgar ni común, tan rico en contrastes, merece una sólida investigación de base, elaborada con la metodología y rigor propio de nuestra época, nada pródiga, por otra parte, en la realización de biografías de individuos poderosos y fascinantes. Por el contrario, Alonso Carrillo, aunque si bien es verdad que ha atraído la atención de algunos eruditos e investigadores, como veremos, carece hasta el momento de una monografía moderna. Estas páginas de ninguna manera pretenden cubrir ese hueco, sólo intentan ser una llamada de aten-

ción sobre la vida de un personaje tan singular, uno de los grandes protagonistas de la historia del reino de Castilla en la segunda mitad del siglo XV, a la espera de esa investigación que el prelado toledano necesita, y yo diría que exige. Se trata, en consecuencia, de una reflexión personal no ya sólo sobre el personaje sino también sobre su tiempo, una época compleja, difícil pero apasionante. Me apoyo para ella por una parte en las fuentes de la época, en especial las crónicas del siglo XV, como no podía ser de otra manera, y por otra parte en la bibliografía publicada hasta el momento. Quiero también advertir al posible lector que no piense encontrar en este texto ni un análisis exhaustivo sobre la religiosidad del prelado, ni tampoco aspectos relativos al gobierno y administración de su extensa y rica diócesis, porque en primer lugar estas materias se encuentran por ahora fuera de mis intereses profesionales, y porque para acometer una empresa de esas características hubiésemos tenido necesidad de acudir a otra clase de fuentes, sobre todo los fondos del arzobispado de Toledo y otros menos importantes, lo que no ha sido el caso, ni como ya he dicho, se pretendía. Me interesa, por tanto, de la vida del arzobispo, tan llena de aventuras, la huella que dejó en la historia política de su tiempo, en sus empresas, casi todas ellas arriesgadas, encaminadas siempre a la búsqueda del poder en una época ciertamente difícil y compleja del reino de Castilla.